



¿Un mundo en crisis o en reconfiguración?

* Por Marco Paz Pellat

Mientras disminuye la confianza en gobiernos, medios e instituciones, aumenta la dependencia de plataformas tecnológicas que organizan la información

Si uno mira las noticias de hoy —conflictos internacionales, tensiones políticas y avances tecnológicos— parece que el mundo atraviesa una crisis generalizada. Pero en realidad, no son problemas aislados. Estamos frente a algo más profundo: un reacomodo del poder. Y no sólo del poder político o económico, sino de algo aún más importante: la capacidad de definir la realidad.

A principios de 2026, la captura de Nicolás Maduro en Venezuela marcó un punto de quiebre. Más allá del hecho en sí, el mensaje fue claro: el equilibrio político en América Latina puede cambiar de forma abrupta cuando entran en juego intereses estratégicos globales. Venezuela pasó de ser un actor confrontado con Estados Unidos a alinearse nuevamente a su órbita de influencia. Este movimiento tuvo efectos inmediatos. Cuba, altamente dependiente del petróleo venezolano, quedó en una posición más vulnerable. La crisis energética en la isla se profundizó, y con ello,

aumentaron las presiones externas para que modifique su modelo político y económico. No es un hecho aislado, sino parte de una lógica más amplia de reconfiguración regional. Al mismo tiempo, en Medio Oriente, la guerra entre Estados Unidos e Israel contra Irán muestra que los conflictos actuales no sólo buscan contener amenazas, sino redefinir equilibrios de poder. No se trata únicamente de seguridad, sino de influencia, control y reposicionamiento estratégico. Estos eventos, aunque distintos, responden a una misma dinámica: el poder global se está redistribuyendo mediante presión política, económica y militar.

Pero hay un cambio aún más profundo y menos visible. Hoy, la manera en que las personas

entienden estos hechos está mediada por algoritmos. La información ya no llega de forma directa, sino filtrada por sistemas que priorizan lo que genera más atención, no necesariamente lo más relevante. Esto altera la percepción. Lo más visible se vuelve más importante, lo más repetido parece más verdadero y lo más emocional desplaza a lo más equilibrado. Como resultado, la realidad se fragmenta: cada persona accede a una versión distinta del mundo.

Aquí aparece una paradoja relevante. Mientras disminuye la confianza en gobiernos, medios e instituciones, aumenta la dependencia de plataformas tecnológicas que organizan la información. Es decir, dejamos de confiar en las fuentes tradicionales, pero confiamos en los

mecanismos que filtran lo que vemos. Este es el nuevo campo de batalla. No se trata únicamente de quién gobierna, quién produce o quién tiene más recursos. Se trata de quién define qué es visible, qué es relevante, y en última instancia, qué es creíble.

Por eso, el mundo no está simplemente en crisis. Está cambiando de lógica. El poder ya no se ejerce sólo desde el Estado o el mercado. También se ejerce desde la capacidad de influir en la percepción colectiva. Y en un entorno donde esa percepción está mediada por algoritmos, la realidad deja de ser completamente compartida. La pregunta clave de nuestro tiempo ya no es sólo quién tiene el poder. Es quién decide cómo lo entendemos.

